



www.loqueleo.com/uy

© 2026, Martín Otheguy

© De esta edición:

2026, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-677-6

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: mayo de 2026

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Juan Purtscher

Revisión de textos: Enrique González (encargado de la Sección Mamíferos del Museo Nacional de Historia Natural). Raúl Maneyro (responsable del Laboratorio de Herpetología de Facultad de Ciencias).

Agradecimiento especial a Leo Lagos, por la lectura del texto y las sugerencias y a Rocío Ramírez, del Instituto de Investigaciones Biológicas Clemente Estable, por facilitar dos textos sobre el trabajo de Juan Blengini en la inundación de la represa de Salto Grande.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CUENTOS SALVAJES

AVENTURAS DE
ANIMALES NATIVOS

Martín Otheguy

Ilustraciones de **Juan Purtscher**

Esta obra obtuvo la Primera Mención
en la categoría Literatura Infantil
y Juvenil del Premio Juan Carlos Onetti 2025,
organizado por la Intendencia de Montevideo.

loqueleq

**Cuentos salvajes.
Aventuras de animales nativos**

7

Introducción

Basado en hechos reales

Los cuentos de este libro son fantásticos y muy reales al mismo tiempo, aunque eso parezca contradictorio.

9

Lo primero es lo más evidente: son fantásticos porque en la realidad los animales no hablan, o al menos no se comunican de la forma en que lo hacen en este libro, con el lenguaje de los humanos. Tampoco hacen muchas de las cosas que vas a leer en las próximas páginas, como usar plantas para pintarse el cuerpo o tener reuniones para discutir sus problemas.

Sin embargo, los animales que protagonizan los cuentos del libro y que comparten con nosotros estas tierras se enfrentan o se han enfrentado a los problemas que aparecen relatados en ellos. Tanto, que algunos de los relatos de este libro son casi iguales a las historias reales que los inspiraron. Otros son inventados de principio a

fin, pero se basan en situaciones que los animales nativos viven y han vivido en Uruguay.

10 Por eso, esta introducción lleva como título la misma frase de advertencia que aparece al principio de algunas películas, aunque en ellas casi nunca expliquen luego qué es lo verdadero y qué es lo ficticio en la historia. Pero en este libro es distinto. Si te da curiosidad saber qué hay de verdad en estos cuentos, solo tenés que leer los capítulos que incluimos al final.

Lo bueno es que muchas de estas historias reales no han terminado y que, de algún modo, nosotros podemos ayudar a escribir cómo continuarán.

La invasión de los tiringui tunguis

Al principio nadie le creyó al tatú peludo, porque tenía fama de mentiroso y los demás animales tomaban con pinzas todo lo que decía, al igual que un cangrejo desconfiado.

11

El peludo siempre venía con cuentos de animales raros o de hechos fantásticos que ocurrían mientras los demás dormían. Decía que había visto una vez, en medio del campo, a un monstruo que era mitad caballo y mitad una criatura con patas redondas que giraban, y que en su lomo cargaba un montón de cosas. O que conocía una comadreja buceadora que se metía a pescar en las cañadas con guantes y calzoncillos impermeables.

Los otros tatúes, que ya se burlaban bastante de él porque andaba siempre mal afeitado y despeinado, lo alentaban entre risas a que diera más detalles sobre criaturas tan extraordinarias.

«Y este caballo tan raro, ¿tenía alas y largaba fuego por la nariz?», le preguntaban, lo que no era más que una ironía. Como el tatú peludo era muy ingenuo y no conocía la ironía, respondía siempre con toda seriedad.

12 Así que cuando el peludo pasó trotando por el campo a toda velocidad, que era bastante, pese a tener patitas cortas, y contó que acababa de ver al animal más ridículo que pudieran imaginarse, todos los tatús (o armadillos, como también les dicen) largaron la risa y se frotaron las garras esperando el cuento.



—Vengo de la casa de los humanos que está del otro lado del monte y vi algo increíble. Tienen en jaulas unos animales insólitos, con hocico de burro, bigotes de gato, ojos de loco y unas orejas gigantescas —dijo el peludo.

—¡Imagino que unas orejas tan grandes como el cuerpo de una mulita! —le respondió una mulita solo para divertirse.

Al peludo se le iluminó la cara.

—¡Sí! ¡Sí! Enormes como hojas de lechuga. Y tienen unas patas prodigiosas, con las que dan unos saltos de hasta noventa pies de tatú —explicó el peludo¹.

—¿Y cómo es que se llama este fabuloso animal? —quiso saber el tatú de rabo molle, que era el más grande y viejo de todos los armadillos allí reunidos.

—No sé, pero cuando saltan hacen un movimiento gracioso, algo así como «tiringui tungui» —siguió el peludo, mientras a duras penas intentaba mostrar con sus grandes uñas el simpático movimiento de las patas.

1 Tres metros.

Estas palabras fueron recibidas por una explosión de risa de todos los tatúes.

—¡Tiringui tungui! ¡Qué nombre tan extraordinario! —dijo un tatú.

—Bienvenida a nuestro reino, su majestad Tiringui tungui —bromeó una mulita.

14 Pero al peludo no le importaban las burlas de los demás tatúes. Siguió hablando con tanto entusiasmo de aquellos recién llegados y elaborando hipótesis para explicar qué eran y de dónde venían que en la reunión de armadillos se fue plantando una semillita de duda. ¿Y qué si el peludo esta vez tenía razón? ¿Y si eran animales peligrosos? ¿Y si venían a comerse su alimento? ¿Y si eran cómplices de los humanos y estos los usaban para cazar otros animales, por ejemplo, a las distintas especies de tatúes?

Después de mucho discutir sobre los tiringui tunguis (algo difícil, porque se reían cada vez que alguien mencionaba esas palabras), decidieron que era necesario enviar un equipo a explorar la guarida de los humanos y ver con sus propios ojos a aquellos animales tan extraños.

El peludo fue elegido como el primer integrante de la partida, no solo por su entusiasmo,

sino porque era el único que sabía dónde estaban exactamente los tiringui tunguis de los que tanto hablaba. A él se unieron una mulita bastante atrevida, un tatú experto en orientación nocturna y un tatú de rabo molle muy apreciado por su sabiduría.

Ahora bien, hacer tamaña excursión de noche por aquellos campos no era moco de pavo, aunque nunca ningún tatú había probado hacer algo con el moco de los pavos ni conocía la expresión. Para llegar a la estancia había que bordear un monte bastante enmarañado, cruzar una cañada en la que dos por tres se afilaba las uñas un gato montés y luego esquivar a los perros de los humanos, que seguro andarían olisqueando todo con sus hocicos húmedos y sus colmillos imponentes.

Para llegar a destino tendrían que moverse por los pastizales, donde quedarían expuestos a un grupo de zorros astutos que iban de un lado a otro buscando cualquier cosa que pudieran comer.

Como el peludo tenía por costumbre dormir de noche, a diferencia de los demás expedicionarios, se mandó una buena siesta en su cueva

aquella tarde para estar bien descansado cuando llegara el momento. Don Tatú marcó con cuidado la ruta que debían seguir, y la mulita, que quedó a cargo de la iluminación, anduvo toda la tarde entre los pastizales más altos, convenciendo a un grupo de luciérnagas para que los acompañaran. Las luciérnagas le escapaban con desconfianza, ya que la mulita tenía la costumbre de zamparse insectos cada vez que podía. «¡Pero si las como me quedo sin luz! No tiene sentido. Además, yo tengo debilidad por las hormigas, no por las luciérnagas», les explicaba la mulita.

Al final, tanto insistió que una docena de bichitos de luz se comprometieron a acompañarlos a cambio de que luego los dejaran volar tranquilos.

Pocas veces se había visto entre los pastizales un equipo tan estrafalario. Bajo las estrellas parecían cuatro escudos de distintos tamaños olvidados en un campo de batalla, pero cualquiera que esa noche estuviera observando con atención habría notado que, luego de ocultarse la luna, aquellos escudos comenzaron a moverse con agilidad.

